

CARLOS

Rey Emperador

LA VIDA COTIDIANA
EN LA ÉPOCA DE CARLOS V

MÓNICA CALDERÓN

BASADO
EN LA SERIE
DE 1



rtve

diagonal tv
an arnold company

ESPASA

MÓNICA CALDERÓN
CARLOS REY EMPERADOR



ESPASA

© Espasa Libros S. L. U., 2015

© CRTVE SAU, 2015

© Diagonal TV, 2015

Redacción: Mónica Calderón

© de las ilustraciones de interior: De Agostini Picture Library / Album; Oronoz / Album; Colección particular; AESA; Album / sfgp; Davis Museum and Cultural Center, Wellesley College, MA, USA / Museum purchase / Bridgeman Images; akg-images / Album; Erich Lessing / Album; Album; Zoonar / Barbara Boens / Age Fotostock; Bridgeman Images; Leemage / Corbis; Orsi Battaglini / akg-images / Album; Cesare Somaini / Album / Mondadori Portfolio y Javier de Agustín (para las fotografías de la serie *Carlos, Rey Emperador*).

Depósito Legal: B. 23.958-2015

ISBN: 978-84-670-4515-4

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es.

www.espasa.com

www.planetadeloslibros.com

Impreso en España/*Printed in Spain*

Impresión: Huertas, S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

Espasa Libros, S. L. U.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

ÍNDICE

UN MUNDO DE MARAVILLA	11
1. A PALACIO A SER DOMADO. LA CORTE DE CARLOS V	17
Abran paso: llega la casa de Borgoña	18
El reino del disimulo	20
Los oficios	23
Campaña de imagen	28
Un rey entre bambalinas	30
Los pequeños gestos	32
2. ANTES MUERTA QUE SENCILLA. MODA, HIGIENE Y BELLEZA EN EL SIGLO XVI	37
Mucho más que un traje	37
Las prendas de vestir	40
Cuanto más, mejor	44
Vendiendo la Marca España	49
Malas y buenas costumbres	51
Cuando lavarse daba miedo	54
La limpieza de las ciudades	56
«Maestra de hacer afeites»	58

3.	AIRES DE FIESTA	63
	La fiesta en la élite	64
	Ninfas, salvajes y castillos encantados	67
	Binche. El todo por el todo	69
	Los banquetes. Mucho más que una comida	74
	Los juegos patrios. Toros y cañas	75
	El pueblo se divierte	79
	El teatro, la cazuela y las gallinas	82
	El ocioso y el jugador de naipes	84
	En alta voz	85
	Que suene la música	89
4.	CASA, CAMINO, POSADA Y COMIDA	91
	El palacio	91
	Pretorios y esfuerzos vanos	97
	Con la corte a cuestras	103
	Camino, cartas y emperadores por la posta	108
	Ventas y posadas. Vamos a llevarnos mal	115
	La comida	119
5.	SOBREVIVIR A LA INFANCIA	125
	«Parirás con dolor»	127
	<i>El Libro del parto humano</i>	131
	Derecho como una plantita	133
	Bienvenido al mundo	139
	El aprendizaje de los niños	141
	Mujer y estudios. Hallar la gloria en la aguja de bordar	145
	Niños que no son niños	150
6.	DEL AMOR Y OTROS DEMONIOS	155
	La doncella	159
	Las cortes femeninas	164

Casada y olvidada	167
La reina o el espejo de las esposas	174
El demonio de la carne	178
La viuda	186
Entrar en religión	190
Las desheredadas	196
7. APRENDIENDO A MORIR	201
El fin del mundo conocido	202
La fe en la cumbre	209
El miedo al hereje	214
Mover a devoción	221
Ánimas benditas del purgatorio	228
El arte del bien morir	232
Exequias y entierros, humildad y soberbia	241

1

A PALACIO A SER DOMADO. LA CORTE DE CARLOS V

Cuando Felipe el Hermoso llegó por primera vez a Castilla desde su adorada Borgoña —esa joya entre los Países Bajos y Francia que todos querían colocar en su corona—, quedó espantado por la falta de dignidad y solemnidad que se respiraba en la corte de sus suegros, los Reyes Católicos. No es que Isabel y Fernando vivieran como labradores, en absoluto, es que Felipe venía de la corte más ostentosa, derrochadora y espléndida de todas las que se conocían. De ella se decía que no la había con más esplendor, alegría y suntuosidad, mejor vestida y con más pieles. Y eso que ni siquiera era un reino, sino un ducado. Aun así, los duques de Borgoña habían elevado el protocolo y el servicio a la categoría de arte.

Cierto día, estando en Castilla, Felipe le pidió a su suegro que se le permitiese a sus servidores atender la mesa «al estilo de Borgoña»; el despliegue y el lujo fue tal que quedó clara la intención de Felipe el Hermoso: dejar en evidencia

las carencias de la casa de Castilla y la superioridad de la de Borgoña. Episodios como este no contribuyeron precisamente a que suegro y yerno se profesasen un tierno afecto. Felipe murió pronto, en 1506, y todos los flamencos que habían venido con él salieron corriendo a sus casas malvendiendo lo que tenían con tal de escapar de allí; volverían muy pronto, concretamente once años después, y esta vez, para quedarse. Acababan de llegar los Austrias.

ABRAN PASO: LLEGA LA CASA DE BORGONA

El sofocón que se llevaron los castellanos cuando vieron llegar a Carlos con su casa a cuestas fue monumental, pero ¿por qué?

En primer lugar, vamos a ver a qué nos referimos cuando decimos «su casa». Evidentemente no habían desmontado el palacio de Bruselas piedra a piedra para trasplantarlo en Castilla. Cuando hablamos de casa hablamos de su séquito y, lo que es aún más importante, de las normas por las que se regía ese séquito. Imaginemos una enorme máquina de cientos y cientos de piezas, cada una engranada con otra, cumpliendo perfectamente su cometido: esa es la corte. El protocolo es el libro de instrucciones.

La corte eran los criados, pero también los consejeros, los capellanes, los músicos, los nobles, los hijos de estos, hidalgos, caballeros, escuderos, hombres de leyes, médicos, barberos..., y así podríamos seguir hasta aburrir al lector. Era un microcosmos, como una colmena de atareadas abejas pululando por los pasillos de palacio buscando siempre

estar lo más cerca posible de la abeja reina. La consigna dentro de la corte era clara: había que medrar.

Hablamos del siglo XVI, y esto quiere decir hablar de derroche. Un rey, nuestro Carlos, por ejemplo, no tenía una sola casa, sino una por cada reino del que era soberano. Es más, la reina tenía su propia casa, el príncipe también, los infantes... Si analizamos esta situación con la mentalidad del siglo XXI llegaríamos a la conclusión de que una monarquía así duraría en nuestros días lo que un caramelo en la puerta de un colegio, pero en aquel tiempo se pensaba exactamente lo contrario. O casi.

El lujo, la ostentación, las grandes fiestas, las ceremonias o los torneos eran el baremo por el que se medía el poder de un reino; era cuestión de ser poderoso y, sobre todo, de demostrarlo. Había que ser exhibicionista con el poder.

Volvamos a aquella Castilla en *shock* de 1517. Carlos llega para ser rey de Castilla y no viene solo, se trae su propia casa, y llena de flamencos hablando francés por si fuera poco. No se trata únicamente de sirvientes o de mozos de espuelas, se trata de los consejeros más cercanos al rey, de los que forman parte de su consejo, los que filtrarán qué asuntos escuchará su majestad y los que no, a quién recibirá, a quién condenará al olvido; ellos susurrarán a sus tiernos oídos la mejor decisión —la mejor para ellos, se entiende— ante un problema y recibirán de él las compensaciones económicas, los cargos más apetitosos y las gracias oportunas. En definitiva, eran quienes tenían el poder en sus bolsillos.

¿En qué lugar quedaban los castellanos? ¿Cómo se acercarían a aquel rey adolescente? Aquí no estaban acostum-

brados a estas cosas. Isabel y Fernando también habían tenido su casa, pero estaba formada por castellanos y aragoneses, como mandaban los cánones. Eran medianamente accesibles y no demasiado derrochadores.

Así las cosas, con un rey que parecía que tenía algún problema mental excepto si se trataba de mujeres, con unos consejeros que más parecían aves de rapiña y una legión de cortesanos y servidores extranjeros que se reían de los castellanos en sus honorables barbas —les llamaban «nuestros indios»—, la cosa terminó como terminó: la guerra de las Comunidades. Aquello era empezar rematadamente mal.

A raíz de aquel levantamiento y de la muerte de Chièvres, su consejero más cercano y más voraz, Carlos entendió que debía abrir su casa a los castellanos y, poco a poco, ir volviéndose él uno de ellos.

EL REINO DEL DISIMULO

Era sin duda la corte el lugar donde cualquier hijo de vecino soñaba con entrar para hacer carrera. Se decía de ella que era la mejor escuela, el lugar donde se formaban los grandes caballeros, donde se aprendían las mejores y más exaltadas virtudes. Ser un buen cortesano era aspiración común. La realidad, como suele suceder, era bien distinta.

En primer lugar, la corte era el medio que tenían los reyes para agrupar en torno así a la nobleza, que mostraba cierta tendencia al levantamiento contra otros poderes mayores que el suyo. Como se iba ascendiendo por méritos,

todos servían voluntariosamente al rey y mientras esto hacían, dejaban de lado el propio afán por enriquecerse.

Todos querían un puesto cercano al rey, un oficio que les permitiese tratar con él personalmente, aparecer a su lado derecho o tenerle el estribo. Esto les aseguraba un buen futuro —aunque como a muchos, les llegara a la hora de la muerte— y estar en una posición de ventaja para cuando quedara algún puesto de relevancia libre. Tengamos en cuenta que era escalando posiciones como se llegaba a convertir uno en maestro de una orden, cambiar el condado familiar por un ducado y formar parte de uno de los consejos de gobierno de Carlos. Y se empezaba desde bien pequeño, entrando de paje.

Los nobles que vivían en la corte, sus hijos, parientes, etc., todos encontraban un sitio en ella, una servilleta que llevar o pañales que doblar. Y es que el cometido de estos grandes señores era el de servir, literalmente, al rey. Nos imaginamos que serían doncellas de servicio quienes arreglarían la cama del monarca, o criados de librea quienes le ayudaran a vestirse cada día, pero no. Estos menesteres, así como servirle la comida, el pan o el vino, e incluso ocuparse de su orinal —que llamaban *silleta*—, eran llevados a cabo por gente de la nobleza o, como poco, hidalga. Cuanto más cerca se estaba de la persona física del monarca, tanto más encumbrado debía estar el sirviente.

Todo estaba pensado. Los nobles cortesanos debían residir en la corte, desplazarse con ella —y tengamos en cuenta que fue una corte itinerante hasta que Felipe II la fijó en Madrid—, alojarse donde pudieran, pasar frío, viajar con el soberano a otros países, servirle en la guerra con hombres

y caballos, conceder préstamos ventajosos para la corona, participar en las fiestas y todo, a su costa. No es raro encontrar cartas de disculpa de tal o cual conde o duque por no llegarse a la corte alegando las más variopintas excusas: porque le dolía una pierna, porque le dolía a su mujer, porque no estaba del todo bueno...

Estaban «domando» a la nobleza, alejándola del pueblo y enfrentándolos entre ellos por conseguir un lugar de favor, equilibrando su poder con la concesión de títulos y honores, haciendo que gastaran su dinero en las fiestas y ostentaciones públicas y las energías en la guerra, distrayéndolos con placeres mundanos y, lo más maquiavélico de todo, humillando sus espíritus en los oficios serviles de palacio. Después de esto, es difícil creer que haya algo gratuito en el siglo XVI.

Ya podemos imaginar qué era realmente la corte: un avispero. Codazos y zancadillas, rumores, maledicencias, chascarrillos variados y compra-venta de favores estarían a la orden del día. Se decía de la corte que era el imperio del disimulo y de la hipocresía, de tragar veneno sin hacer el menor gesto. Quería el Lazarillo de Tormes llegar a la corte y uno de sus empleadores le decía que para ello, para ser cortesano, si veía a su mujer frecuentar una casa que no era la suya propia, habría de hacer de tripas corazón y no mirar tanto la honra como el provecho.

Y es que ya lo decía Cristóbal de Castillejo, cortesano desencantado, en 1547:

Y si Dios hijos me diera en quien esto se enmendara
tan mal padre no les fuera que en corte les empleara.

LOS OFICIOS

Imaginemos una ciudad en miniatura, con sus gobernantes, sus juristas, sus religiosos y sus artesanos. Eso ni más ni menos era la corte, desde el maestro de canto hasta el humilde zapatero. Y teniendo en cuenta que entrar a servir al rey era el mayor privilegio al que se podía optar, y que no debía dejarse a demasiada gente fuera —por aquello de que no se soliviantasen y fueran a revolverse—, muchos de estos oficios estaban multiplicados; se turnaban por meses e incluso por semanas.

El espacio físico de la corte se solía dividir en tres partes: la planta baja del palacio o alcázar, la planta alta o noble y el exterior, gobernadas por los tres personajes más cercanos al rey.

La planta baja incluía el vestíbulo que también ejercía de comedor; allí se levantaba un estrado donde el rey comía elevado sobre el resto de comensales. En esta planta se distribuían las guardias, las cocinas, despensas y todo lo necesario para mantener a flote la vida de palacio. A su cargo estaba el mayordomo mayor, quien llevaba siempre una gran llave dorada a la vista.

La planta de arriba era la zona privada del rey, sus habitaciones y las dependencias donde recibía. El todopoderoso que se encargaba de su cuidado personal era el *sumiller de corps* —este nombre lo trajo Carlos en la maleta, pues en Castilla el puesto era conocido como «camarero mayor»—. Sus funciones eran las más envidiadas, pues era el oficio más cercano al rey; tan cercano era que dormía en la misma habitación en una cama que ponían y quitaban los ayudas

de cámara a las horas convenientes. Efectivamente, Carlos V no dormía solo, ni con la reina —tendría que llegar Felipe V para que los reyes durmieran juntos, con el consiguiente descalabro protocolario que conllevaba—, sino con el *sumiller de corps*. Él se encargaba de supervisar su ropa, de sostener la bujía que alumbraba a los gentileshombres de cámara mientras hacían la cama real —se regulaba hasta los centímetros de embozo que debían sobresalir de la colcha—; también tenía uno de los mayores privilegios que se podía imaginar: darle la camisa al rey. Este acto tan sencillo en apariencia era un signo de confianza extrema. Cuando Enrique VIII y Francisco I se encontraron en las jornadas del Campo de la Tela de Oro, el monarca francés se presentó en la tienda de Enrique a primera hora de la mañana y se ofreció para ser su servidor aquel día. ¿Qué es lo primero que hizo y que recogen todas las crónicas? Ofrecerle la camisa.

No nos asombrará saber quién fue el primer camarero mayor de Carlos V: el odiado Guillermo de Croÿ, señor de Chièvres. Efectivamente, Chièvres dormía en la cámara de Carlos desde bien pequeño, por si se despertaba a media noche, que tuviera alguien con quien hablar.

Nos queda el último de los grandes servidores de palacio: el caballero mayor. Él se ocupaba del transporte del rey cuando salía al exterior, de las literas, las sillas de mano y las mulas y caballos. Pero era mucho más, era su acompañante mientras no estuviese bajo techado. Uno de los caballeros mayores —en este caso de la emperatriz— más famosos fue Francisco de Borja, hijo del duque de Gandía, que entró a servir de niño como paje en la corte de la reina

Juana la Loca. Borja es el ejemplo perfecto de cortesano que pasa su vida en la corte y llega hasta lo más alto, al menos hasta que vio el descompuesto cadáver de su adorada emperatriz y tiró por la calle del medio e ingresó en la Compañía de Jesús. Cuando se nace con aptitudes es difícil esconderlas: si en la corte llegó a ser caballero mayor, en la Iglesia llegó a ser santo.

Había que hilar muy fino para que estos tres personajes, especialmente los dos primeros, no chocasen entre sí. Se regulaba todo, cada movimiento, cada gesto, cada función y el espacio reservado a cada uno en cada momento del día. No podían salirse del guion ni un centímetro o el Colisionador de Hadrones —aquel que amenazaba con destruir el planeta hace poco— parecería un castillo de bolas al lado de la corte. Cuestión de honor y egos en el siglo XVI.

Entre la nube de servidores de la corte había cargos realmente curiosos a nuestros ojos. Dentro de la guardia que vigilaba la seguridad de los monarcas, ya fueran castellanos o alemanes, había un cuerpo muy especial con unas atribuciones concretas: velar su sueño. Eran los monteros de Espinosa, los del turno de noche. Vestían de forma especial, no llevaban armas y vigilaban a las puertas de la cámara del rey para que nadie entrase. Pero no solo guardaban el sueño diario, también eran los encargados de escoltar su cadáver cuando fallecía, pues no en vano aquel era otro tipo de sueño, solo que sensiblemente más largo.

Los reyes de armas eran una figura muy curiosa. Vestían encima de su ropa un tabardo llamado «cota de armas» en el que aparecía el escudo del reino al que pertenecieran, primorosamente bordado o pintado. Este tabardo era una

pieza rectangular que llegaba hasta las rodillas por delante y por detrás, con unas mangas falsas. Si traemos a la memoria a los hombres-anuncio que se ven en algunas calles céntricas de nuestras ciudades, no estaremos muy desencaminados. Su labor era la de la gestión del honor de la nobleza, esto es, llevaban el registro de los títulos, los escudos y los blasones de los nobles. Pero tenían un cometido mucho más interesante: eran los encargados de viajar al país vecino a declararle la guerra al rey de turno en nombre de su señor. Espinosa cuestión esta. El rey los recibía en su trono y ellos pedían, en un discurso que era más o menos igual para todos los reinos, que no se les tuviera en cuenta lo que iban a decir y se les dejase volver sanos y salvos a sus casas. Entonces sacaban un papel escrito por su señor y leían en voz alta el desafío. No pensemos que todo eran palabras corteses, había verdaderos insultos en aquellos desafíos y hasta se llegaba a mentar a la madre de más de uno —sobre todo a la de Carlos por aquello de su problemilla mental—. El momento debía de ser impagable: el rey de armas insultando al rey vecino y este tragando saliva mientras escuchaba la salva de ofensas. Carlos V y Francisco I regalaron a la historia unos cuantos momentos de estos.

Entre el equipo de servidores bajo el mando del mayordomo mayor estaban los gentileshombres de placer, o lo que es lo mismo, la cuota de enanos, locos y personajes curiosos que toda corte que se preciase debía tener. Su labor era la del bufón medieval, divertir con sus ocurrencias o con su simple presencia a los monarcas. La relación entre ellos era extrañamente cercana, sobre todo teniendo en cuenta que los soberanos de la casa de Austria se distinguían por su

inaccesibilidad; sin embargo, no dejaban de ser hombres, con sus grandezas pero también sus necesidades afectivas y, dentro de un mundo tan rígido y afectado, la frescura de estos personajes debía de ser un bálsamo para ellos. Se conservan muchas cartas de Felipe II a sus hijas en las que cuenta las idas y venidas de una enana llamada Magdalena, les da noticia de su salud o les relata que «estos días está muy enfadada conmigo». Hasta ese punto llegaba la libertad y la confianza de estos hombres y mujeres de placer, hasta ser los únicos seres sobre la tierra que podían darse el gusto de enfadarse con un rey absoluto.

Carlos tuvo un loco muy especial durante algún tiempo. Se hacía titular «conde don Francés de Zúñiga», pero pasó a la historia como Francesillo. Evidentemente no era conde, sino sastre, de ascendencia judía para mayor abundamiento, y durante seis años el azote de los cortesanos que rodeaban al emperador. El loco era una figura que lo mismo se apreciaba que se temía, pues no tenía pelos en la lengua a la hora de comentar los entresijos de la corte, sus desavenencias y sus miserias, todo ello aderezado con un sentido del humor envidiable. Los cortesanos hacían suya la máxima de «al bueno para que te honre y al malo para que no te deshonne» y no se enfrentaban a aquel loco tan apreciado por el emperador. Al menos hasta que cayó en desgracia. Apartado de su puesto en la corte, apareció una noche a la puerta de su casa lleno de heridas y estocadas respondiendo a su alarmada mujer:

—No es nada, señora, es solo que han muerto a vuestro marido.

Francesillo de Zúñiga no solo entretenía a la hora de la comida a Carlos V y a los cortesanos —las tertulias del cora-

zón ya existían por aquella época—, sino que escribió una crónica del propio emperador, al uso de los grandes cronistas de la época. Eso sí, una crónica a su modo y manera, sembrada de chascarrillos y motes que es, sin duda, la más divertida de todo el siglo XVI.

CAMPAÑA DE IMAGEN

A estas alturas empezamos a comprender que el entorno de Carlos V no era precisamente sencillo, y que el azar o la improvisación estaban desterrados de la corte. No son las grandes victorias militares las que aseguran la corona sobre una cabeza, ni los tratados ni las paces. ¿De qué servía conquistar Milán a los españoles si media hora después volvía a ser tomada por Francia? El poder real tiene que proceder de la fe del pueblo al que se gobierna, de su creencia en que el rey, o el emperador, es quien debe ocupar el trono. Aquello no era una democracia, el pueblo no tenía una papeleta de voto, pero tenía armas, que daban aún más miedo. Era absolutamente necesario mantener esa creencia y para ello se utilizará un medio bien conocido por nosotros: la publicidad.

Si hace unos años el mundo occidental repetía sin cesar *Yes, we can* como eslogan de quien aspiraba a gobernar el mundo desde su trono norteamericano, en el siglo XVI se repetía *Plus Ultra*, el lema de Carlos V. No había cuñas publicitarias pero sí poetas que glosaban las grandezas del monarca, los carteles con la foto del aspirante a gobernar eran los grabados con la efigie de Carlos que circulaban por

el reino y el programa ideológico no se discutía en acalorados debates televisados, sino que se pintaba en arcos triunfales cada vez que el emperador entraba en alguna de sus ciudades. Estaba todo pensado.

La corte estaba llena de buenos publicistas, pero seguramente el mejor de ellos fue el gran canciller, Mercurino Gattinara. Es probable que de su cabeza saliera la campaña de imagen con la que Carlos pasaría a la historia. Cuando evocamos la figura de Carlos V lo imaginamos con pelo corto, barbado y probablemente armado, pero ese no fue su *look* hasta 1530. Antes de eso, Carlos era un hombre imberbe de mirada cándida, vestido con colores llamativos, siempre con una gran gorra llena de adornos y con el pelo lacio cortado por debajo de las orejas: lo que se dice todo un príncipe de las galletas.

Esa es la imagen que convenía en los primeros años de reinado, cuando se presentaba como un caballero medieval con raíces flamencas y alemanas, ingenuo defensor de los más altos valores caballerescos. Era el delicado duque de Borgoña, archiduque de Austria, el rey de las Españas y el emperador de los alemanes, hasta que llegó 1527 y sus tropas arrasaron Roma. Grave asunto este el de que un rey católico y defensor de la cristiandad acorrale durante meses al papa de Roma en el castillo de Sant'Angelo y sus tropas desvalijen las casas y las vidas de los romanos. Había que congraciarse con ellos y para ello nada mejor que forzar al papa a que lo coronase definitivamente emperador de toda la cristiandad.

Era el momento de ofrecer otra imagen de Carlos V, una que expresara fuerza y poder, majestad y grandeza, que

podiera ser reconocida por todos y, sobre todo, que legitimase la posición de Carlos como emperador de todos los cristianos en pie de igualdad con el papa. ¿En qué espejo se miraba el mundo, particularmente Italia, aquellos años? ¿Cuál era el símbolo de la perfección? La antigua Roma. Puede que Luisa de Saboya, la madre de Francisco I, llamase a su hijo cariñosamente «mi César», pero Carlos lo sería de facto para el resto del mundo, sería un nuevo Marco Aurelio —quien, por rematar la faena, era de ascendencia española—.

UN REY ENTRE BAMBALINAS

Se quejaban los castellanos, y con razón, de que era imposible acercarse al rey. Su camarero mayor, Chièvres, impedía que nadie hablase con él directamente o que le vieran. Quien tenía algo que pedir o despachar debía solicitarlo a este personaje y esperar respuesta. El rey no estaba.

Sin duda, Chièvres, a cuya muerte pocos castellanos guardaron luto, era un personaje poco recomendable, pero no es menos cierto que el protocolo borgoñón «escondía» al monarca. Era parte de su atractivo y de su misterio, no hacerlo visible ni accesible, porque la sensación que debía cundir entre sus súbditos es que su monarca no era un mortal más. No estamos hablando de aquellos faraones divinizados que pasaban por hijos de dioses, pero tampoco eran hombres al uso.

Tanto la casa de Borgoña como la de Castilla y la de Aragón se habían formado poniendo sus ojos en una tradi-

ción de largo recorrido, ni más ni menos que el Imperio bizantino, donde sí se sacralizaba al emperador. Aquí no se llegaría a tanto, pero se revestiría al soberano con un aura sacra que lo subía un peldaño por encima del común de los mortales, no en vano la capilla —con sus numerosos capellanes, servidores, músicos y cantores— era la joya más valorada dentro de la estructura de la casa. En consideración a ello, las excesivas confianzas estaban de más. Como Carlos tiene que hacer verdaderos juegos malabares entre la casa de Castilla y la de Borgoña, aún hay algo de elasticidad a la hora de seguir el protocolo; en cambio con su hijo, Felipe II, que adopta más rígidamente la etiqueta borgoñona, la teoría del «rey escondido» alcanzará límites insospechados.

Todo es como una obra de teatro en la que Carlos es el actor principal, un actor con un elevadísimo caché que el director de escena se reserva solo para las mejores secuencias. Cuando entre en las ciudades se revestirá con los ropajes del César romano, cuando participe en los torneos lo hará como el rey Arturo, cuando sea coronado será el más devoto y espiritual de los obispos. El resto del tiempo permanece al fondo de un laberinto al que solo los más virtuosos pueden acceder —como si en lugar de una persona, fuera el mismísimo Santo Grial, lo que en el fondo es lo que se pretendía hacer ver—. Por ejemplo, la habitación donde dormía Carlos estaba antecédida de al menos tres cámaras más; en función del grado de nobleza de quien fuera a visitarlo —nobles, embajadores, prelados, nuncios—, podía ir atravesando aquellas salas y antesalas hasta quedarse casi, casi a las mismas puertas de la habitación real. Aquellas cámaras estaban perfectamente custodiadas por los guardas

reales y los ujieres eran quienes vigilaban que nadie diera un paso más de lo que le correspondía.

Lo mismo sucedía si asistía a misa fuera de la corte. El emperador no se mezclaba con el resto de asistentes por muy noble cuna que tuvieran. Tenía un sitio al lado derecho del altar y oculto de la mirada de sus vasallos; se conocía como «la cortina». Era en realidad un reservado, una zona VIP cubierta por dosel y cerrada por unas cortinas, desde el que asistía el monarca y su familia a los oficios religiosos. Como no podía ser de otra manera tenía su propio servidor, el sumiller de la cortina, que solo descorría para llevarle el portapaz —una tablilla hecha en algún material noble, labrada con alguna escena piadosa, que se besaba en el momento de dar la paz, lo cual era bastante más honesto y decoroso que andar besándose en las mejillas—.

LOS PEQUEÑOS GESTOS

A estas alturas ya habremos empezado a sospechar que en el siglo XVI, en el entorno de un rey, no se daba puntada sin hilo.

Los grandes fastos se preparaban al detalle, las grandes ceremonias religiosas y las civiles, los lemas y los emblemas estaban pensados para transmitir una información y convencer al pueblo de que aquello era palabra de Dios. Pero si el pueblo era iletrado, se dejaba sorprender por las muestras de ostentación, estaba dispuesto a creer, ¿qué sucedía con la nobleza, algo más avisada y pícara? A ellos se les administraba el mismo programa ideológico con los pequeños gestos.

Ya hemos visto cómo la escuela de la corte era en realidad una doma clásica en toda regla. Todos querían llegar a la persona del monarca, estar cerca de Carlos, pero, una vez conseguido, no quería decir que no se continuasen marcando las distancias.

Nadie debía acercarse al rey por la espalda, al entrar en la cámara donde él estuviera debían permanecer arrimados a la pared hasta que no se les indicase lo contrario; no podían dirigirse a él libremente sino cuando se les invitase a hacerlo; no podían sentarse en su presencia sin permiso; el lado derecho de Carlos era un lugar de honor y solo podía ocuparlo el personaje de mayor rango que estuviese presente; debían permanecer con la cabeza descubierta... Detengámonos aquí porque un simple sombrero puede dar mucho juego.

Cuando Felipe el Hermoso llegó a España por primera vez, observó horrorizado que los nobles permanecían con el sombrero puesto delante de su suegro, el Católico Fernando. Era una falta de respeto y consideración imperdonable y se propuso cambiarlo. Si él iba a ser el nuevo monarca de aquellos territorios deberían asumir las nuevas normas, y todos se quitarían el sombrero en su presencia. Parece un gesto baladí, pero era una manera muy gráfica de distanciar al soberano de sus súbditos porque ¿delante de quién permanecía siempre descubierta un hombre? De Dios. Y a partir de ahora del rey. Este gesto se cumplió delante de Felipe el Hermoso mientras vivió, que fue más bien poco, pero seguía sin hacerse delante de Fernando el Católico.

A la llegada de Carlos, la costumbre de permanecer cubierto se mantenía. Aquello era una lucha de poderes en la que el soberano intentaba marcar las distancias y someter

a la nobleza y esta luchaba por mantener sus privilegios y prerrogativas. Hasta que llegó 1519 y la elección imperial. Los embajadores alemanes, sorprendidos también ante lo que ellos consideraban una falta de respeto a su emperador, dijeron que no le coronarían si sus súbditos españoles no se avenían a quitarse el sombrero delante de él. Se les pidió entonces, por favor, que se descubrieran para dejar contentos a los alemanes, que aquello no iba en mengua de su honra y que a la vuelta de Aquisgrán todo volvería a ser como antes. Y nosotros, que ya no somos tan inocentes, empezamos a sospechar que no fue así.

Efectivamente, no lo fue. Durante la estancia de Carlos en los Países Bajos y Alemania para ser coronado emperador se levantaron las Comunidades. Una parte de la nobleza luchó por el bando de Carlos y otra por el de los comuneros: aquello era el cedazo que necesitaba Carlos para separar el grano de la paja. Cuando volvió, todos esperaban con su sombrero en la mano, dispuestos a ponérselo y recuperar su posición pero Carlos, muy inteligentemente, se dirigió solo a los nobles que habían luchado por él diciéndoles: «Cubríos», dejando con un palmo de narices al resto. ¿Qué estaba haciendo nuestro aparentemente atolondrado Carlos de Habsburgo? Formalizar la grandeza de España, distinguiendo entre los nobles una categoría superior, más honrosa y más cercana a su persona. Ya tenían aquellos levantiscos nobles algo por lo que luchar y, lo que es mejor, luchar entre ellos y no contra la corona.

Donde no cedieron los castellanos ni los aragoneses fue en el título. ¿Qué era aquello de llamar majestad al rey cuando sus abuelos, de santa y gloriosa fama, solo se llama-

ban alteza? Majestad era demasiado, ¡majestad se le llamaba a Dios! A Dios... y al emperador —recordemos ahora esa tendencia de la monarquía a situar al rey más cerca de Dios que el resto de los hombres—, pero Carlos aún no lo era. Es muy divertido comprobar en los escritos que el Consejo de Carlos intercambiaba con las Cortes aragonesas, cómo los primeros se empeñan una y otra vez en referirse a Carlos como «su majestad» y con terca machaconería responderles los aragoneses con «su alteza», que aquellos señores que hablaban francés y vestían de colores serían muy flamencos, pero ellos eran de Zaragoza.

Y se salieron con la suya. Hasta que Carlos no se colocó la corona de Carlomagno en la cabeza, siguió siendo alteza para los españoles —y para algunos, incluso después—.

Ostentación, lujo, divinización, teatralidad, luchas cortesanas y un rígido protocolo que mantenía a Carlos en una burbuja celestial. Cuando contemplamos así la vida de un monarca tenemos la impresión de que era algo voluntario y buscado pero lo cierto y verdad es que, quisiera Carlos o no quisiera, estaba condenado a vivir separado del resto de los hombres. El protocolo, la casa de Borgoña, era más antigua que él, estaba por encima de él. Lo educaron para que lo aceptara como lo más natural del mundo, era el respeto que se le debía, pero Carlos —como todos los reyes— no dejaba de ser un hombre. Quizás por eso sentían aquella debilidad por los locos y los bufones que se atrevían a tratarlos como mortales dignos de afecto, y quizás también por eso muchos miembros de la Casa de Austria sufrían aquellas agudas depresiones que, en el caso de su madre, terminó con un encierro de por vida entre los muros de Tordesillas.